

Análisis de los discursos sobre prudencia en sacerdotes del departamento del Huila, Colombia*

Discourses analysis about prudence in priests of Huila, Colombia

Ximena Lugo Carvajal**
Fabio A. Salazar-Piñeros***

Resumen

La prudencia es un concepto que tiene sus raíces en la filosofía y la teología e históricamente se le ha reconocido como una virtud, al lado de la justicia, la templanza y la fortaleza. El presente artículo se propone reunir y analizar los discursos sobre prudencia en un grupo de sacerdotes de varios municipios del departamento del Huila, Colombia, con el fin de reconocer en estos especialistas sus propias teorías al respecto, como insumo para la construcción teórica y formalización del concepto Prudencia como rasgo psicológico. Para este fin, el estudio tuvo un enfoque cualitativo y siguió la metodología del análisis del discurso centrado en el nivel de análisis textual del modelo tridimensional de Fairclough. Los hallazgos más relevantes sugieren que el discurso está sujeto a la tradición aristotélico-tomista; en su discurso, los sacerdotes aluden a la prudencia como una virtud necesaria en la realidad cotidiana, que adquiere signos concretos que disponen a la persona a actuar en la búsqueda del bien propio y comunitario.

Recibido 15. 01. 2016 • Arbitrado 10. 02. 2016 •
Aprobado 23.02. 2016

* Artículo presenta resultados de la investigación realizada para optar el título de psicólogo, Universidad Surcolombiana – Neiva-Colombia, realizada durante el año 2015 y adscrita al Grupo de Investigación en Psicología Positiva

** Estudiante de Psicología de la Universidad Surcolombiana-Neiva, Colombia, ximenalugo10@gmail.com

*** Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Doctorando en Psicología de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Docente tiempo completo del Programa de Psicología de la Universidad Surcolombiana-Neiva, Colombia, fabiosalazar@usco.edu.co

Palabras clave: Virtud, prudencia, conducta prudente, análisis del discurso, sacerdotes.

Abstract

Prudence is a concept with its root in philosophy and theology, and historically recognized as a virtue, beside justice, temperance and strength. The main purpose of this article is to merge and to analyze discourses about prudence by a group of priests from several municipalities of Huila –Colombia department, to recognize in these specialists their own theories on this topic as an ingredient to theoretical construction and formalization of Prudence concept as a psychological trait. To this goal, the study had a qualitative approach and followed the discourse analysis methodology focused on the level of textual analysis of Fairclough’s three-dimensional model. More relevant findings suggest the discourse is enrolled on an aristotelian-thomist tradition; in their discourses, priests tell prudence as a necessary virtue in everyday life, which takes concrete signs that dispose people to act in the pursuit of self and community wellness.

Key words: Virtue, prudence, prudent behavior, discourse analysis, priests.

Introducción

A lo largo de la historia el interés por las virtudes y fortalezas humanas ha sido notorio, lo cual se evidencia por la gran frecuencia con la que se utilizan los términos relacionados en publicaciones académicas y legas. La prudencia ha sido enaltecida por artistas e intelectuales durante siglos; no obstante, es uno de los rasgos positivos del carácter menos explorados desde el punto de vista psicológico.

Tendencias en la definición del concepto de prudencia

Según Schimmel (2000) “los vicios y las virtudes que ya han sido analizados por filósofos y teólogos, son de interés a nivel conceptual, moral y práctico” (p. 141). Históricamente, el surgimiento de las primeras comprensiones sobre prudencia se remontan a la Antigua Grecia donde floreció la doctrina clásica de las virtudes que reconoce a la prudencia como una de las cuatro virtudes cardinales junto con la justicia, templanza y fortaleza. Pieper se refiere al concepto de virtud de la siguiente manera:

Virtud es la elevación del ser en la persona humana. La virtud es, como dice Santo Tomás, *ultimum potentiae*, lo máximo a que puede aspirar el hombre, o sea, la realización de las posibilidades humanas en el aspecto natural y sobrenatural. El hombre virtuoso es tal que realiza el bien obediendo a sus inclinaciones más íntimas (Pieper, 2010, p.12).

De acuerdo con la definición de Aristóteles (384-322 a. C) en su *Ética a Nicómaco*, prudencia es la “disposición verdadera, acompañada de razón, relativa a la acción en las cosas buenas para el hombre” (p. 187). En su disertación distingue claramente los conceptos de sabiduría y prudencia, y eleva a esta última a la categoría de virtud intelectual. En relación con los atributos del hombre prudente, destaca que el ejercicio de la deliberación sobre los medios que conducen a los fines es elemental:

Es propio de un hombre prudente el ser capaz de deliberar lo bueno para sí y lo que le conviene—no parcialmente, como por ejemplo, qué cosas lo son con vistas a la salud o al vigor, sino qué cosas lo son en general con vistas a vivir bien— (p.186).

Algunos siglos más tarde, la elaboración teológica medieval de la prudencia adquiere un sentido distinto. En el caso de San Agustín (354-430) citado en Trigo (2002), afirma que la prudencia “es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos”. Este amor es el amor de Dios. Y luego añade que la prudencia «es el amor que sabe discernir lo que es útil para ir a Dios de lo que le puede alejar de Él» (p. 280).

Por su parte, San Gregorio Magno (540-604) escribe sobre la prudencia que debe vivir el pastor de almas; en su obra *Regula Pastoralis* “tiene el objetivo de orientar al presbítero en el cuidado de los fieles que le están encomendados y para ello ofrece consejos sobre la práctica de esta virtud” (Trigo, 2002, p. 283).

Más fiel al pensamiento aristotélico, Santo Tomás de Aquino (1224-1274) dedica en *Suma Teológica* un tratado completo a la prudencia. La identifica como “la recta razón de lo agible” (Suma de Teología I-II, q. 57, a.4), y hace referencia a ella como una virtud propia de la razón práctica que regula el comportamiento humano, a la que le corresponde disponer los medios —siempre considerando el justo medio— para alcanzar un fin bueno previamente establecido por una instancia cognoscitiva superior llamada *sindéresis* o hábito de los primeros principios prácticos.

Santo Tomás destaca que la prudencia es la virtud más necesaria para la vida humana, pues ella no sólo es madre y moderadora de las demás virtudes, sino que perfecciona a la razón convenientemente respecto de los medios a elegir para la consecución del fin; de ahí que capacita al hombre no sólo para que sea bueno, sino para que viva bien (Suma de Teología I-II, q. 57, a.5). Esta centralidad otorgada a la prudencia es compartida por Sellés (1999), quien argumenta que la prudencia es una virtud principal por varias razones:

Es principal, por su acto, porque dirige, modera, las virtudes morales; establece su justo medio, las inclina para que consigan el fin propio y rectifica el camino de cada una de estas virtudes. Es superior por su dignidad, por su objeto, por su intensidad. Y lo es, en fin, por su sujeto, puesto que como la razón es más principal que las potencias que participan de la razón, así también la prudencia es más principal que otras virtudes (p.38).

De acuerdo con el pensamiento tomista, es posible diferenciar un triple género de partes de la prudencia: cuasi integrales, subjetivas y potenciales (Suma de Teología II-II q. 48 a. ún). Aquino enumera ocho partes cuasi integrales de la prudencia que denotan su doble carácter (Suma de Teología II-II, q. 49). En ese sentido, como virtud cognoscitiva e imperativa, la prudencia “aprehende la realidad para luego, a su vez, «ordenar» el querer y el obrar (...). Lo esencial para ella es que este saber de la realidad sea transformado en imperio prudente y que inmediatamente se consuma en acción” (Pieper, 2010, p. 39). Lo anterior presupone entonces que el conocimiento de la realidad objetiva y la experiencia son factores determinantes en la toma de decisiones y la actuación prudente.

Por otro lado, las partes subjetivas o esenciales (Suma de Teología II-II, q. 50) hacen referencia a las distintas clases de prudencia ordenadas al gobierno de sí mismo o del gobierno de la multitud, que se diversifica según los tipos de multitud, 1) económica o familiar, 2) gubernativa o legislativa, 3) política o cívica y 4) militar.

Con relación a las partes potenciales, se considera que son hábitos o virtudes anexas indispensables para que la prudencia se dé (Suma de Teología II-II, q. 51). En ese sentido, son partes potenciales la *eubulia* o consejo/deliberación; la *synesis* o buen sentido para juzgar lo que sucede ordinariamente; la *gnome* o perspicacia, para juzgar aquellas circunstancias en las que es conveniente, a veces, apartarse de las leyes comunes; y el hábito del *precepto*, imperio o mandato que es el acto principal de la prudencia.

De igual manera, la sagrada escritura contiene numerosos pasajes dedicados a la prudencia en los que se justifica la importancia de esta virtud en la vida moral. En el antiguo testamento la idea de prudencia y sabiduría están estrechamente relacionadas; esto es particularmente evidente en los libros sapienciales que ponen de relieve el valor de la prudencia y la sabiduría en el gobierno de la propia vida (Rodríguez Luño, Colom & Galván, 2008).

Trigo (2002) postula que la prudencia del antiguo testamento comporta dos cualidades: en primer lugar se presenta como una propiedad que Dios concede al hombre para que alcance la sabiduría y en segundo lugar, se presenta como obra de la razón; por eso, uno de sus actos propios es el conocimiento.

En lo que respecta al nuevo testamento, la prudencia tiene como meta fundamental la obediencia a Dios. Sobre esta noción, Rodríguez Luño et al. (2008) escribe que “es prudente aquél que presta la debida obediencia a las palabras de Cristo: la obediencia efectiva es la expresión de la prudencia del creyente, y en algunas parábolas, al hombre prudente se contrapone el necio” (p. 3). Esta nueva prudencia basada en la obediencia dicta que “convirtamos la vida en un servicio a los demás, amigos y enemigos, por amor al Padre” (Trigo, 2002, p.277).

En una de sus encíclicas, el papa Pablo VI explica las características del diálogo e invita a tener prudencia pedagógica con el fin de lograr una comunicación asertiva y efectiva:

Finalmente, la prudencia pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye: si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible (Pablo VI, 1964, n.31).

Otras apreciaciones sobre prudencia son expuestas por el jesuita español Baltasar Gracián Morales (1601-1658) en el Arte de la prudencia, una colección de aforismos que pretenden orientar la vida práctica de las personas. Una de las menciones más significativas consignadas en este manual refiere: “Ahorrarse disgustos es propio de gente sensata. La prudencia evita muchos, y es origen de la felicidad y el contento” (Gracián, 2007, Oráculo 64). Y adicionalmente puntualiza que “no es prudente salir a buscar los males, pero sí prevenirlos para vencerlos” (Gracián, 2007, Oráculo 178).

Uno de los últimos destacados líderes de la iglesia en referirse al tema fue Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del *Opus Dei* y canonizado en 2002. Para el santo la prudencia no se restringe al mantenimiento de la convivencia social sino que abarca la búsqueda de la santidad:

Esta virtud cardinal es indispensable en el cristiano; pero las últimas metas de la prudencia no son la concordia social o la tranquilidad de no provocar fricciones. El motivo fundamental es el cumplimiento de la Voluntad de Dios, que nos quiere sencillos, pero no pueriles; amigos de la verdad, pero nunca aturridos o ligeros. El corazón prudente poseerá la ciencia (Prv XVIII, 15.); y esa ciencia es la del amor de Dios, el saber definitivo, el que puede salvarnos, trayendo a todas las criaturas frutos de paz y de comprensión y, para cada alma, la vida eterna (Escrivá, 1977, n.88).

La reseña anterior, aunque reducida, demuestra que la prudencia como virtud es una excusa frecuente para la discusión en torno al llamado de dios o de la búsqueda de la salvación, en los círculos religiosos e incluso los filosóficos. Evidentemente es un campo muy prolífico pero no es fácil identificar allí un modelo claro y mucho menos una posible definición operacional.

Prudencia en la psicología contemporánea

Como se ha podido constatar, la prudencia es un concepto de larga data que, pese a su antigüedad, continua siendo vigente y apto para ser integrado dentro de las líneas de investigación de la psicología contemporánea. Pero esto no siempre fue así ya que durante mucho tiempo las virtudes no fueron reconocidas como un área legítima de estudio científico debido a la hegemonía del modelo basado en el estudio de los desórdenes mentales en el campo de la psicología. Esta desidia ha originado, entre otras cosas, que los psicólogos “presenten dificultades para recomendar soluciones basadas en la virtud a los problemas de la vida” (McCullough & Snyder, 2000, p.6). No obstante, varias iniciativas demuestran una, todavía tímida tendencia a privilegiar una educación basada en la promoción de valores y virtudes con especial énfasis en la virtud de la prudencia (Marcos, 2011).

La aproximación más significativa y reciente corresponde a la dada por Peterson & Seligman (2004), quienes en su clasificación jerárquica de los rasgos psicológicos positivos presentes en los seres humanos, catalogan a la pruden-

cia como una fortaleza vinculada a la virtud de la templanza, que protege contra la impulsividad y los excesos.

Sobre esta base, probablemente el primero en abordar teóricamente el concepto de prudencia fue Nick Haslam, autor que la describe como “una conducta basada en la excelencia cognitiva” (Haslam & Baron, 1994, p.43) y define los elementos centrales que la constituyen: visión hacia el futuro, preocupación por las consecuencias de las propias acciones y decisiones, resistencia a los impulsos para lograr metas a largo plazo, tener una actitud moderada y flexible ante la vida, y búsqueda de equilibrio en las metas y objetivos que se persiguen (Peterson & Seligman, 2004). Más allá de esto, en la literatura psicológica no se hallan más tratamientos directos del concepto.

Como se puede observar, a nivel histórico la mayor parte de las alusiones a la prudencia provienen de la teología y giran alrededor de posiciones de figuras representativas dentro del catolicismo, aunque sin olvidar, por supuesto, la valiosa contribución de los pensadores de la Grecia clásica. La psicología está en deuda en formalizar una definición conceptual y operacional de la prudencia que permita validar modelos y ofrecer mediciones válidas. Para este fin se recogen los discursos y teorías que manejan diversas poblaciones sobre la prudencia y la conducta prudente. Para el caso actual, se acudió a sacerdotes católicos teniendo en cuenta su formación académica y actividad profesional que les hace un grupo representativo y de alto interés para estos fines. La investigación en particular buscó responder a la pregunta: ¿Cómo conceptualiza y cómo vive la prudencia un grupo de sacerdotes del Departamento del Huila desde su formación teológica, humana y ética?

Método

Diseño de investigación

El estudio se realizó desde un enfoque cualitativo con la estrategia metodológica de Análisis del Discurso. Al respecto, Íñiguez y Antaki entienden el discurso como “un conjunto de prácticas lingüistas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales” (Íñiguez & Antaki, 1994, p.63). En una acepción amplia, Potter & Wetherell (1987, citados en Campos, 2012), describen que la noción de discurso es usada para tratar todos los tipos de interacciones lingüísticas, sean habladas o en la forma de textos escritos, de carácter formal o informal; de manera que el análisis del discurso se constituiría entonces como el análisis de cualquier tipo de material discursivo.

En este estudio se utilizó el modelo de análisis tridimensional desarrollado por Norman Fairclough que consiste en analizar el discurso a través de tres niveles: análisis textual, el de la práctica discursiva y el de la práctica social (Santander, 2011, p.216). Para efectos del proceso investigativo se opta por el primer nivel de análisis, el cual es de carácter descriptivo y da cuenta de las formas en que el discurso interviene en tres aspectos de la práctica social: (i) actividades y relaciones sociales, (ii) sistemas de representaciones y conocimientos de la realidad y (iii) identidades sociales (Fairclough, 2003; Stecher, 2010).

Participantes

La selección de los participantes se hizo a través de muestreo intencional hasta obtener el punto de saturación, es decir, el punto a partir del cual la recolección de datos se vuelve repetitiva y no aporta nueva información para ser analizada (Strauss & Corbin, 2002).

Participaron en total 17 sacerdotes católicos institucionalmente activos en las diócesis de Neiva y Garzón, con edades comprendidas entre los 26 y 78 años, que ejercen su cargo en parroquias de municipios como Neiva, Aipe, Palermo, Villavieja, Garzón y Suaza del Departamento del Huila, Colombia.

Procedimiento

El estudio inició con una fase de revisión documental de los conceptos de prudencia a lo largo de la historia y definición de objetivos que guiaran la investigación. Posteriormente, la segunda fase se centró en la recolección de la información a partir del contacto establecido en dos puntos de muestreo situados en la oficina de la curia episcopal de la ciudad de Neiva y las distintas parroquias, de modo que durante el periodo de junio a agosto de 2015 se realizaron 17 entrevistas en profundidad donde la pregunta guía fue “¿para usted qué es ser una persona prudente?”. Las entrevistas se realizaron individualmente y fueron registradas en audio (con previa autorización del entrevistado) y luego transcritas literalmente.

La última fase comprendió el procesamiento de los datos digitados con la asistencia del software Atlas Ti. El proceso de análisis de la información se realizó siguiendo la metodología de análisis del discurso propuesta por Sayago (2014) basada en el etiquetamiento-desagregación-re agregación de los pasajes textuales.

Resultados

A partir del proceso de análisis textual, emergieron las siguientes categorías discursivas.

Conceptualización de prudencia

Para la conceptualización de la prudencia se centró en un abordaje teórico clásico. En ese sentido, es frecuentemente denominada como virtud cardinal y virtud del equilibrio, que establece el término medio para todas las virtudes y proporciona sabiduría a quien la ejercita.

Un ejemplo de esta manera de conceptualizar se muestra en el siguiente fragmento:

“Para hablar de cómo es o qué es ser una persona prudente es necesario remitirnos al tema de la virtud. Hay virtudes teológicas y hay virtudes humanas o cardinales, y la prudencia precisamente junto con la justicia, la fortaleza y la templanza son virtudes humanas, es decir, que esa virtud se puede adquirir y se puede fortalecer por medio de actos buenos y reiterados, lo que conocemos como los hábitos” (Sacerdote 2).

“La prudencia es una virtud cardinal que se cultiva en la medida en que vayamos madurando en la fe cristiana, vamos adquiriendo esa gran virtud que en verdad nos hace sabios, como dice el villancico” (Sacerdote 15).

Si bien el discurso contiene definiciones teóricas, también son comunes las definiciones operativas que incluyen la búsqueda del bien así como la evitación y rechazo del mal:

“¿Qué es ser una persona prudente? es una persona que es capaz de discernir, es decir, una persona que es capaz de pensar, de meditar qué es lo bueno, qué es lo malo, cuál es el bien, cuál es mal. Por eso también podemos pensar que una persona prudente es una persona que es capaz de elegir qué es lo bueno, qué es lo malo, cuáles son los medios para poder alcanzar eso que elige, de acuerdo a sus posibilidades, o de acuerdo a sus capacidades” (Sacerdote 2).

“Sobre en qué consiste la prudencia podríamos decir que es como la capacidad que la persona tiene para ubicarse en su contexto, en medio de la realidad social y cultural para saber comportarse en el ambiente donde vive y saber hablar y saber callar, y sobretodo saber en qué momento debe hablar y en qué momento debe callar” (Sacerdote 10).

“La prudencia teológicamente es una virtud que le permite al ser humano la capacidad de obrar rectamente, de obrar a conciencia y también le ofrece al hombre la capacidad de discernir en un momento determinado lo que debe hacer y lo que debe evitar” (Sacerdote 17).

La prudencia es una capacidad íntimamente ligada a la praxis: *“la prudencia versa sobre cosas muy prácticas de la vida cotidiana”* (Sacerdote 13), de manera que su objeto primordial es distinguir lo bueno de lo malo en cada situación y al mismo tiempo permite a las personas discernir la voluntad de Dios en sus vidas tanto en el plano individual como social y con base en esto, la prudencia dicta la manera más conveniente de actuar conforme a la voluntad divina, eligiendo y ordenando medios rectos que conduzcan a la consecución del bien propuesto:

“La prudencia me invita a mí a rechazar lo que no se acerca a ese bien moral, me invita a evitar lo que no se acerca a ese bien moral, tanto que a nivel teológico la prudencia también es la capacidad de discernir ya a nivel más cristiano, más de Dios, me lleva a poder discernir cuál es la voluntad de Dios en mi vida, en la vida de los demás, en la vida de una sociedad, ¿sí? Me lleva a ver qué es lo que Dios quiere de mí, entonces cuando yo descubro qué Dios quiere de mí, yo pongo los medios, la prudencia me coloca los medios para yo poder lograr absolutamente todo eso” (Sacerdote 17).

Adquisición de la prudencia

Para estos sacerdotes la prudencia es una virtud infusa, es decir, una virtud concedida por Dios, que se perfecciona por la práctica constante y reiterada de hábitos buenos. Asimismo, aunque concebida como una virtud cristiana también es una virtud humana, por lo que su desarrollo es independiente de la afiliación religiosa o sistema de creencias:

“La prudencia es ante todo una virtud cristiana, específicamente hablando ¿no? es propia de personas que conocen a Cristo y que hayan conocido su

evangelio, pero es también una virtud humana, es decir, aun una persona que no haya conocido a Dios, que no conozca el evangelio puede también tener esa virtud humana de la prudencia” (Sacerdote 10).

La experiencia que aportan los años es esencial para la formación y consolidación de la prudencia ya que permite disponer de un cúmulo de aprendizajes que obligan a la persona a evitar cometer errores nuevamente; por ello explican que la prudencia es una manifestación de sabiduría, lo que significa que para ser prudentes es necesario primero ser sabios. Por esta razón, se considera que las personas de avanzada edad gracias a su madurez, suelen actuar con mayor prudencia y sabiduría en las diversas circunstancias de la vida:

“Una persona prudente en el fondo es una persona sabia, que aprende de los errores para no repetirlos” (Sacerdote 7).

“La persona prudente es una persona que no necesariamente debe tener muchos estudios pero sí, la prudencia también se va logrando a través de los años, a través de la experiencia” (Sacerdote 12).

“La virtud se va adquiriendo, por eso los ancianos nos ganan a nosotros en esa experiencia. En la sagrada escritura por eso se respeta tanto al anciano. ¿Por qué? porque el anciano es sinónimo de experiencia, no es porque sea viejo, sino porque es sinónimo de experiencia. Por tanto ha tenido un recorrido muy grande en la vida, sabe muchas cosas, le han pasado muchas cosas, por eso obra sabiamente y prudentemente. Por eso en la sagrada escritura, sobre todo la ancianidad es sinónimo de eso. No podemos comparar el comportamiento de un niño de 8 o 9 años a un anciano de 60, 70 años que ya tiene un recorrido muy grande, él ya actúa muy prudentemente” (Sacerdote 17).

“La prudencia es un fruto de la sabiduría, la sabiduría nos lleva a escoger el modo de actuar adecuado en las diferentes circunstancias” (Sacerdote 16).

La percepción de limitaciones en la razón humana da lugar a la búsqueda de otros medios para alcanzar la prudencia. En tal sentido, la práctica de la oración es concebida como una estrategia para pedir que la conducta se adecúe a la voluntad de Dios:

“Yo ante todo comienzo orando, el día lo inicio siempre orando, poniéndome en las manos del Señor y pidiéndole a Él que me ilumine con su santo

espíritu para que todas mis acciones, todas mis palabras, mis sentimientos, en todo ello actúe con prudencia, entonces, yo actúe haciendo siempre el bien porque esta limitación humana no la podemos manejar solos... y si yo sé que alguien me está ayudando, que aunque no lo vea pero que está ahí presente, voy a tener más posibilidades de no equivocarme, de no cometer errores, de no cometer fallas” (Sacerdote 8).

Conductas y rasgos asociados a la práctica de la prudencia

Los sacerdotes consideran que la prudencia es una virtud que se refleja directamente en el hablar y actuar cotidiano, y que más aún, denota coherencia entre pensamiento, palabras y acción. De modo que prudencia, en su sentido más amplio, significa tener la capacidad de discernir entre el bien y el mal y optar por medios rectos dirigidos a la consecución de un objetivo bueno, planificado con anterioridad:

“En eso podríamos resumir lo que es ser una persona prudente, quedémonos simplemente con el concepto de una persona capaz de discernir entre el bien y el mal, lo bueno y lo malo, y que tiene esa capacidad de mirar cuáles son los medios para alcanzar aquello que ha elegido” (Sacerdote 2).

En un nivel operativo, la persona que vive en la virtud de la prudencia es ecuánime, discreta y motivada por el deseo de hacer el bien y evitar el mal; razona, piensa antes de hablar o de realizar cualquier acción pero además reconoce que escuchar y guardar silencio son ejercicios tan importantes como el saber hablar:

“Una persona prudente sabe callar cuando debe callar. Una persona prudente habla cuando el hablar va a generar convivencia, respeto, crecimiento, aclaración de algún error o de alguien que está siendo condenado injustamente habla oportunamente” (Sacerdote 7).

“Ser prudente es saber hablar y es saber callar, saber en qué momento se deben decir las cosas y en qué momento se deben callar” (Sacerdote 10).

“El prudente es aquel que calla en los momentos oportunos y habla en los momentos fundamentales” (Sacerdote 15).

La persona prudente medita, no suele cometer errores porque aprende de la experiencia previa para no repetirlos; toma decisiones acertadas en el momento oportuno, y al mismo tiempo realiza un juicio sobre las ventajas y desventajas de la decisión que va a tomar. De la misma forma, busca su bienestar personal así como salvaguardar la integridad de las demás personas:

“Una persona prudente es aquella que tiene la posibilidad de discernir frente a algunas situaciones, lo que es conveniente y lo que no es conveniente. Uno muchas veces para poder tomar alguna decisión en la vida, muchas veces para poder también proceder ante alguna situación, necesita mirar como las conveniencias, es decir, si lo que va a hacer está bien, o lo que va a hacer puede generar alguna situación negativa o mala” (Sacerdote 4).

“Una persona prudente es aquella que primero evalúa y piensa antes de hablar o de hacer alguna actividad, es una manera de proceder diríamos así, de manera que se busque el bien de la otra persona y se busque el bien también para el que está actuando. En términos generales diríamos que ser prudente es pensar antes de actuar” (Sacerdote 5).

Sumado a lo anterior, la persona prudente actúa bajo el principio de justicia y sensatez, calcula riesgos, mide sus palabras y las posibles consecuencias que su comportamiento puede generar; posee habilidad en el manejo de sus propias emociones al demostrar tranquilidad y serenidad en situaciones difíciles y no dejarse llevar de los impulsos. Ciertas ocasiones ameritan que la persona prudente opte por respuestas evasivas para no crear polémicas y enfrentamientos innecesarios:

“¿Cómo intento yo ser prudente? A veces procuro, cuando oigo como criticadera, estarme bien en silencio. Si me preguntan, respondo un poco evasivamente” (Sacerdote 13).

Otras características que reúne la prudencia se relacionan con el autococonocimiento, el conocimiento objetivo de la realidad particular con el fin de dirigir su conducta de una manera apropiada:

“Una persona sabia es la que vive aprendiendo permanentemente, es la que se conoce a sí mismo para que a su vez pueda conocer y comprender a los

demás. Una persona prudente no da un concepto sin tener un conocimiento objetivo, claro y previo” (Sacerdote 7).

Asimismo, la empatía es otro rasgo de la persona prudente que se evidencia en la comprensión de las necesidades de los demás, el trato amable (hacer sentir bien a las personas) y el respeto a la dignidad humana y las libertades individuales. La persona prudente posee la habilidad para comunicarse de forma asertiva sin agredir a los demás y sin imponer su pensamiento.

“Cuando nosotros actuamos o hablamos con la otra persona, debemos ser cuidadosos en nuestro trato y nuestra manera de expresarnos para no causar heridas y para poder crecer juntos” (Sacerdote 5).

“Ser prudente es tratar a la otra persona con respeto, con cariño, con dignidad, con amor, sin importar si esa persona sea culpable, o de pronto merezca algún castigo, sin importar eso, la prudencia vale porque tiene en sí el respeto por la dignidad de la otra persona, hacerla crecer en el bien. Por eso nuestro señor Jesucristo siempre nos dice ‘Sed prudentes’, es decir, ser atentos, ser cuidadosos con los demás y ser también muy cuidadosos en nuestra forma de ver el mundo y actuar en él” (Sacerdote 5).

Por último, la prudencia representa un signo de adaptación social dado que contribuye a sostener una interacción pacífica y cordial entre los integrantes de una comunidad.

“...la persona prudente es la persona que respeta a los demás y no impone sus ideas, las propone; la persona prudente es la persona que puede convivir en una sociedad” (Sacerdote 7).

Efectos del ejercicio de la prudencia

La prudencia, en tanto que implica actitudes empáticas hacia los demás, produce efectos positivos a nivel personal y social. Los sacerdotes por unanimidad señalan que llevar a cabo conductas prudentes genera una sensación de tranquilidad en el individuo pero además este efecto se extiende al contexto de las relaciones interpersonales inmediatas:

“Una persona prudente es aquella que sabe conjugar lo que dice con lo que hace. Sabe conjugar sus sentimientos con las acciones y sabe conjugar las palabras con los hechos, y además sabe que uno tiene una gran responsabilidad con las palabras, con las acciones y con los sentimientos. Y cuando hacemos esta sumatoria y esta conjugación de palabras, sentimientos y acciones, siempre estaremos tranquilos y veremos la vida tranquila y en paz a las personas que se encuentran y que hablan con nosotros” (Sacerdote 8).

Importancia de la prudencia

En concreto, los sacerdotes indican que es importante el ejercicio de esta virtud en la vida diaria porque previene que las personas cometan errores irreparables:

“Para todo es necesaria esta virtud de la prudencia, nos evitaría a nosotros muchísimos errores, nos evitaría muchísimos líos si obráramos prudentemente. ¿Por qué? porque es que nosotros, la prudencia también me lleva a mí a meditar mucho las cosas, lo que la gente dice, ‘ud piense primero, después si hable’. ¿Por qué? porque nosotros casi siempre, y en las generaciones nuevas aún más, obramos es por impulsos ¿sí? entonces obramos por impulsos y después eso que nosotros hicimos, dijimos, nos estamos arrepintiendo, ‘¿yo porque dije eso?’ si hubiera obrado prudentemente, no lo hubiera hecho, no lo hubiera dicho” (Sacerdote 17).

Destacan, de modo especial que es una virtud fundamental en el ámbito personal, familiar, profesional y social, que debe estar presente en la vida de todas las personas pero especialmente deben ejercitarla aquellas que asumen un rol protagónico dentro de la sociedad:

“La prudencia se necesita para las personas que tienen un rol dentro de la sociedad, un rol representativo dentro de la sociedad. Por ejemplo, un gobernante necesita mucha prudencia, ¿por qué? porque él tiene que manejar prudentemente y sensatamente el bien común, el bien de todos. Entonces si él no tiene la prudencia para saber qué es lo más importante en el bien común, entonces se va a quedar simplemente haciendo cositas y no va a actuar pensando verdaderamente en el bien común. Un padre, una madre, necesitan mucha prudencia para saber formar sus hijos, porque la mamá,

el papá tiene que saber cómo le llega, cuándo le llega a su hijo, porque si no obra prudente va a criar, digámoslo así, un rebelde o, si no obra prudentemente va a crear muchas heridas en su hijo. Esos roles representativos necesitan mucha prudencia. Nosotros los sacerdotes necesitamos mucha prudencia para saber manejar muchas situaciones” (Sacerdote 17).

En ese orden de ideas, se considera que la prudencia, en su sentido más humano significaría respetar, proteger la vida y la dignidad del otro, siendo entonces una fuente que asegura tranquilidad y sabiduría, lo cual debe traducirse en el mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad en general:

“Creo que la prudencia nos tiene que ayudar a mejorar las condiciones de vida de todos (...)La prudencia creo que tiene que ser parte de una ética profesional, ser prudente con la vida de los demás (..) nos tiene que llevar a ser verdaderos sabios en el sentido de cuidar la vida de los demás” (Sacerdote 15).

Práctica de la prudencia en el sacerdocio

La postura frente a la práctica de la prudencia se basa en la idea de que el sacerdote en tanto figura pública debe caracterizarse por ser un hombre virtuoso que demuestre en sus palabras, discurso, actitudes y acciones serenidad, benevolencia y prudencia. En este sentido, la experiencia del sacerdocio exige prudencia para encaminar a los feligreses por la vida de la gracia y sobretodo, para actuar en consonancia con los principios divinos:

“La aplicación de la prudencia debe ser algo que me caracteriza, un sacerdote debe ser un hombre virtuoso, por lo tanto la prudencia debe hacer parte de su vida. Igualmente la prudencia en todo nuestro estar y vivir porque somos personas públicas, porque somos personas que somos el modelo para una comunidad, entonces es importante que nosotros actuemos con moderación, con una actitud sopesada, equilibrada, sensata y sobria” (Sacerdote 2).

“La prudencia está en todo nuestro estar y vivir porque somos personas públicas, porque somos personas que somos el modelo para una comunidad, entonces es importante que nosotros actuemos con moderación, con una actitud sopesada, equilibrada, sensata y sobria” (Sacerdote 12).

La prudencia debe regir la comunicación verbal, lo cual implica que el sacerdote debe considerar la forma y fondo del mensaje que va a transmitir, esto es, pensar en el contenido y el modo más conveniente de expresarlo al interlocutor o al público al que se está dirigiendo. Partiendo de esta premisa, la prudencia se expresa en prácticas concretas en las que el sacerdote pone su sabiduría a disposición de los feligreses y para tal efecto debe ser prudente con las palabras que emplea para dirigirse a la persona que acude en busca de consejo o asesoría espiritual.

“La prudencia se practica todos los días, realmente es necesario, como ya dije antes, saber escoger; en mi profesión por lo menos, la cosa más importante en el hablar, pienso que la prudencia la debo practicar muchísimo allí porque debo evitar hacerle mal a la otra persona” (Sacerdote 11).

“Trato de ser, de decir lo que debo decir y no más, ser prudente también cuando se me hacen confesiones o cosas, no responder con irascibilidad, con impaciencia, sino que las tomo con mucha calma y trato de medir lo bueno que cada persona dice y trato de guardar mucha tranquilidad en lo que digo, trato de ser paciente cuando tengo que ser paciente, cuando tengo que decir algo trato de decirlo con bondad, con sencillez, con cariño” (Sacerdote 9).

“Aplico la prudencia precisamente analizando, estudiando bien lo que voy a decir y lo que voy a hacer, y luego imprimirle a mis palabras y a mis actos todo el amor, el deseo de hacer siempre el bien con lo que digo y con lo que hago” (Sacerdote 1).

Los oficios religiosos son situaciones donde es necesario actuar con prudencia: en la predicación durante la eucaristía y el sacramento de la penitencia (confesión) procurar un lenguaje apropiado es esencial para transmitir eficazmente un mensaje sin herir susceptibilidades. En un sentido de la autoridad, la virtud de la prudencia se requiere también en la toma de decisiones en la parroquia para corregir a la comunidad o denunciar hechos ilícitos que se presenten en la misma; el sacerdote debe ser prudente en las relaciones interpersonales que establece con empleados, otros sacerdotes, el obispo de la diócesis, los feligreses y sociedad en general.

En último término, la prudencia no se ve limitada exclusivamente al ámbito colectivo sino que se ve reflejada en el ámbito personal del sacerdote, en el que resulta importante el dominio propio para procurar su bienestar a través de conductas de autocuidado para mantener una buena salud:

“Debo procurar...procuro el bien para las demás personas, y si busco el bien para las otras personas, pues soy prudente en el trato para las demás personas. También soy prudente en el actuar, obviamente, en procurar el bien para mí en todas las circunstancias, en saber que tengo que comer bien, dormir bien, hacer ejercicio, el ser prudente para saber cuidarme físicamente pero también la prudencia en la vida espiritual es muy importante, sobre todo en la vida nuestra como sacerdotes” (Sacerdote 11).

Discusión

De los hallazgos obtenidos se desprende que el discurso de los sacerdotes representa a la prudencia como una virtud cardinal, lo que teóricamente hablando sugiere que su conceptualización se encuentra fuertemente ligada a la doctrina de la escuela tomista, lo cual es lógico si se considera la formación intelectual recibida en el seminario.

En esta misma dirección, el discurso apunta a que la adquisición de la prudencia es resultado de la experiencia, idea que encaja con la perspectiva de Aristóteles y Tomás de Aquino que supone que el tiempo y la experiencia son factores que se requieren para la formación de este hábito, incluso más que la educación.

Adicionalmente, en el discurso aparece el concepto de adquisición sobrenatural por medio de las plegarias, situación que coincide con la postura de Trigo (2002) y los escritos bíblicos; no obstante, el discurso toma cierta distancia respecto a esta proposición ya que el desarrollo de la prudencia por ser virtud humana, no depende exclusivamente de las creencias religiosas sino que puede ser moldeada por la práctica reiterada de hábitos buenos.

En una concepción más práctica es posible apreciar que los rasgos y conductas que constituyen la prudencia están relacionados con las partes cuasi integrales y potenciales expuestas por Tomás de Aquino, y son predominantes rasgos como inteligencia, memoria, solercia, previsión y circunspección; también algunas de estas cualidades están en correspondencia con las descritas por Gracián (2007) y Haslam (1991, 1994, 2004).

Por otra parte, los sacerdotes plantean que el ejercicio de la prudencia conlleva a un estado de tranquilidad personal y armonía social; sin embargo, es clara la presencia de la noción de obediencia a Dios. Esta comprensión se puede ver con claridad en autores como Trigo (2002), Escrivá de Balaguer (1977) y Rodríguez Luño et al. (2008) que contemplan el acatamiento de la voluntad de Dios como el fin último que debe perseguir la prudencia.

La mención sobre la importancia de la prudencia en la realidad particular es un aspecto constante en los discursos toda vez que es madre y reguladora del resto de virtudes. Los sacerdotes acentúan su importancia y necesidad en la búsqueda del bien personal y colectivo, y es en este punto donde los relatos se remiten a las partes subjetivas de la prudencia enunciadas por Tomás de Aquino.

Finalmente, los planteamientos sobre el ejercicio de la prudencia en el oficio eclesiástico confirman el planteamiento de Pablo VI referente a las cuatro condiciones esenciales del diálogo pastoral. Estas condiciones son claridad, mansedumbre, confianza y prudencia pedagógica, todas necesarias en la predicación, administración y gobierno en cada parroquia perteneciente a la iglesia católica.

Conclusión

El discurso sobre prudencia por parte de los sacerdotes se articula en torno a la tradición filosófica y teológica, se caracteriza por el fuerte apego a la literatura religiosa y la doctrina cristiana que se enriquece por cuenta de la inclusión de definiciones operativas que involucran un fuerte componente social.

En términos generales, la prudencia en el discurso sacerdotal se plantea como una virtud cardinal, de carácter infuso y a la vez humano; vinculada a la sabiduría práctica y la moderación, ocupa un lugar privilegiado en la vida moral judeocristiana ya que rige todas las virtudes. Conforme a la razón y la fe, la prudencia permite discernir el bien para el individuo y la sociedad en cualquier circunstancia y dispone los medios rectos para ejecutarlo, considerando detenidamente las consecuencias que cada decisión puede suscitar.

El fin último que persigue la prudencia es un elemento común que recorre el discurso de los sacerdotes y éste se refiere al logro de la obediencia a la voluntad de Dios y destacan que su ejercicio en el día a día trae efectos asociados a la tranquilidad y evitación de situaciones conflictivas.

El discurso de los sacerdotes presenta las manifestaciones empíricas de la prudencia. En la conducta prudente, por tanto, intervienen habilidades como el razonamiento, conocimiento situacional, anticipación, toma de decisiones e implica habilidades relacionadas con la cognición social como la percepción social, empatía, asertividad y regulación emocional. En un plano práctico, todos estos aspectos favorecen el bienestar personal y la interacción satisfactoria con el entorno.

Referencias

- Aristóteles. (2001). *Ética a Nicómaco*. Madrid, España: Alianza Editorial S.A.
- Campos, V. (2012). Análisis del Discurso y Psicología: A veinte años de la revolución discursiva. *Revista de Psicología*, 21(1), 185–208. <http://doi.org/10.5354/0719-0581.2012.19994>
- De Aquino, T. (2001). *Suma de teología*. Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Escrivá de Balaguer, J. (1977). *Amigos de Dios*. Recuperado de http://www.escrivabras.org/book/amigos_de_dios-indice.htm
- Fairclough, N. (2003). El análisis crítico del discurso como método para la investigación en Ciencias Sociales. In R. Wodak & M. Meyer (Ed.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 179–203). Barcelona, España: Gedisa.
- Gracián, B. (2007). *El Arte de la Prudencia*. Santo Domingo, República Dominicana: BanReservas. <http://doi.org/10.1007/s13398-014-0173-7.2>
- Haslam, N. (1991). Prudence: Aristotelian Perspectives on Practical Reason. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 21(2), 151–169. <http://doi.org/10.1111/j.1468-5914.1991.tb00518.x>
- Haslam, N. (2004). Prudence. In C. Peterson, & M.E.P Seligman (Ed.), *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification* (pp. 477–497). Washington, D.C.: APA Press and Oxford University Press. <http://doi.org/10.1176/appi.ajp.162.4.820-a>
- Haslam N., & Baron, J. (1994). Intelligence, personality, and prudence. In R. J. Sternberg & P. Ruzgis (Ed.), *Intelligence and personality* (pp. 33–58). New York: Cambridge University Press.
- Iñiguez, L. & Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 44, 57–75. Recuperado de https://www.academia.edu/1271071/El_analisis_del_discurso_en_Psicologia_social
- Marcos, A. (2011). Aprender haciendo: paideia y phronesis en Aristóteles. *Educação*, 34(1), 13–24. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84818591003>
- McCullough, M. E., & Snyder, C. R. (2000). Classical Sources of Human Strength: Revisiting an Old Home and Building a New One. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 19(1), 1–10. <http://doi.org/10.1521/jscp.2000.19.1.1>

- Pablo VI. Vaticano II. *Ecclesiam Suam*. Agosto 6 de 1964. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_06081964_ecclesiam.html
- Pieper, J. (2010). *Las virtudes fundamentales*. Bogotá, Colombia: Ediciones RIALP S.A. en Coedición con Grupo Editor Quinto Centenario S.A. Recuperado de http://santotomasdeaquino.com.mx/wp/archivos_wp/libros2012/PIEPER-Las-Virtudes-Fund-Amen-Tales.pdf
- Rodríguez Luño, A., Colom, E., Galván, J. (2008). *Manual de Teología Moral. III. Moral especial*. Recuperado de <http://www.eticaepolitica.net/moralespecial.html>
- Santander, P. (2011). Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso. *Cienta Moebio*, 41, 207–224. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/cmoebio/n41/art06.pdf>
- Sayago, S. (2014). El análisis del discurso como técnica de investigación cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales. *Cinta Moebio*, 49, 1–10. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/cmoebio/n49/art01.pdf>
- Schimmel, S. (2000). Vices, Virtues and Sources of Human Strength in Historical Perspective. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 19(1), 137–150. <http://doi.org/10.1521/jscp.2000.19.1.137>
- Sellés, J. F. (1999). *La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino*. Pamplona, España: Servicio de publicaciones Universidad de Navarra S.A. Recuperado de <http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/6095/1/90.pdf>
- Stecher, A. (2010). El análisis crítico del discurso como herramienta de investigación psicosocial del mundo del trabajo. *Discusiones desde América Latina. Universitas Psychologica*, 9(1), 93–108. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/647/64712156008.pdf>
- Strauss, A. & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. <http://doi.org/10.4135/9781452230153>
- Trigo, T. (2002). Prudencia y libertad. *Scripta Theologica*, 34(1), 273–307. Recuperado de <http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/8279/1/25504634.pdf>